

CIVISMO

Organo de la S. de M. P. de Manizales.

Manizales - Caldas - Colombia - Agosto de 1943 - No. 61



El Maestro Valencia

Para usar su inmortal expresión de alabanza al Libertador, podemos decir que en esta hora de pesadumbre por la muerte del Maestro Valencia, "la palabra vuela cansada para decir lo que fue él". Imposible compendiar en la modesta factura del estilo la persona y la obra de Guillermo Valencia. Mejor será entonces que discorra el sentimiento de su pueblo bajo la sombra de su memoria* tutelar. Valencia tuvo todo lo que exornó al Dios griego. La figura apolínea, el sentimiento universal de la vida, la estética imperial de la inteligencia y de la forma. Ninguno como él en la sinfonía colosal del verbo creador.

Para Manizales y para Caldas la muerte de Guillermo Valencia conmueve hondamente sus propias entrañas. Aquí se le amaba con el mismo fervor de su tierra nativa. Por estas calles lo vimos pasar muchas veces entre la alabanza unánime, erguido como las cúpulas góticas de nuestra catedral o como la cordillera de los Andes, coronada de nieve por la esbelta cima del páramo. Su oración a Manizales es una de las páginas más excelsas de que esta ciudad se enorgullece y que le darán brillo e imponentia a su historia cultural. Donde el maestro Valencia sembraba su palabra florecía la belleza como en un jardín antiguo. A la manera del genio de Weimar, aquí también tenía su recinto jubiloso el gran Príncipe del pensamiento.

Era solamente natural que esta revista rindiera también su modesto y sencillo pero emocionado homenaje a Guillermo Valencia. Todas las casas espirituales de Colombia y de América se mantuvieron abiertas para él. Nosotros tuvimos la fortuna de recibir el fuego de su estímulo, la palabra de su afecto. "Civismo" llegaba hasta el

Maestro con el vasallaje fiel de su devoción indeclinable. Sin presunciones antológicas y guiados por el deseo de interpretar el sentimiento de Manizales y del pueblo de Caldas, esta edición no es más que el reflejo de lo que siente el alma nuestra ante la memoria del Maestro iluminado.

No acertamos a encontrar otro homenaje que el de nuestro recogimiento y nuestra pesadumbre. "La palabra vuela cansada para decir lo que fue él" y todas las formas se precipitan en fuga antes que traicionarlo con la "vana estructura".

"Civismo" enluta sus páginas porque ha desaparecido uno de los más altos próceres de la cultura, un héroe de la inteligencia, coronado de gloria por todos los laureles. El duelo de Colombia y de América desgarrar por igual a nuestro pueblo y a nuestra raza.

LA PRESENTE EDICION

La presente edición de la revista "CIVISMO" tiene por objeto rendir homenaje a la memoria del Maestro Valencia. Hemos recogido el mayor acopio antológico que sobre Manizales brotó de la pluma insigne del genial payanés y los brillantes artículos de ilustres escritores caldenses sobre Guillermo Valencia. Esta edición podría llamarse: "Manizales a través de Valencia".

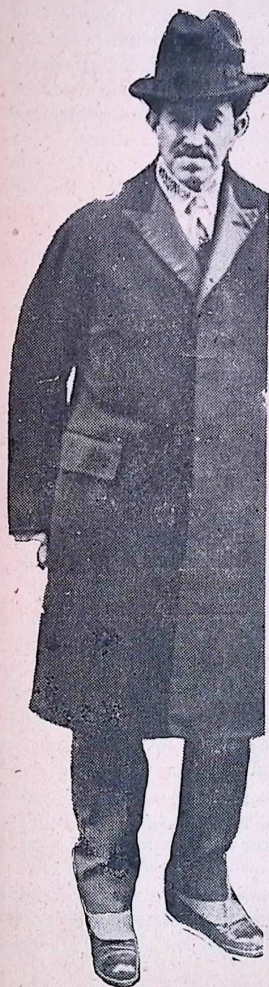
EL PROXIMO NUMERO

Estará dedicado al reinado del civismo, organizado por la S. de M. P., pro Palacio de Bellas Artes. Completísima información gráfica y literaria ofreceremos a los lectores y favorecedores de esta revista.

Oración

a

Manizales



Escrita por el Maestro Valencia y leída por su hija Josefina en la velada de coronación de la Reina de los IV Juegos Atléticoes Nacionales, efectuada el 19 de diciembre de 1936.

Señoras, señores:

La pródiga amistad y mi gratitud y mi afecto, me han movido otra vez hacia esta jubilosa colina. En espléndida síntesis, Colombia toda está representada aquí: el alto Gobierno de la nación y de su Clero; heraldos de sus Cámaras; cuotidianos conductores del pensamiento público; artistas de la inteligencia y del saber; grandes y pequeños realizadores del nacional progreso ¡grandes todos!; la Patria del porvenir, en esta viviente corona en que alternan galas de belleza y fieros gajos de juvenil vigor; y como digno marco para tal lienzo, la mujer colombiana, purísima fuente racial, en todo su agitado discurrir; si como hilito de cristal que irrumpe de la roca nativa o en bulliciosa alegría de linfas juguetonas; si como esperanza del huerto familiar en el materno proveer del regadío, o como dulce recodo ceñido de musgos y vestido de orquídeas, apto para reflejar en sus espejos trémulos la policromía de los cielos más puros o, finalmente, como río caudal -acrecido en su andar por mil afluentes de vida- que en el confuso estuario de las razas, marca el aporte inconfundible. Admirar-

ble conjunto éste al que presta singular relieve y dá proyección vastísima la autoridad y decoro que le imprimen ilustres embajadores de naciones amigas.

Cuando una tradición de siglos va ligada a la historia de una ciudad, difícil es discernir, sin un prolijo examen, el ritmo de sus adelantos, y aun cuando sea muy recio el viento renovador que en ella sople, guardará siempre la estructura fundamental signos irrevocables de su pasado. Esta población, en cambio, ha recorrido con magna celeridad, en menos de una centuria, dos etapas determinantes hasta la situación que hoy muestra, y es ella, en primera línea, el fruto hasta hoy no igualado de la virtud de un pueblo.

En su aparecer y desarrollo se confunde, como en el relato de ciertas urbes antiguas, la realidad y el mito. Un grupo de hombres duros, enérgicos y audaces, expertos en montar, se franquearon una senda a golpe de hacha y filo de machete, a través de esta enmarañada y entonces tenebrosa cordillera. Tras esfuerzos inauditos, conquistaron la nivosa meta, y poco luego, el sitio de la ciudad futura.

No buscó aquel empeño la usual orientación porteña, ni las vegas de una gran corriente que derivase al mar océano. El intento se realizó con sentido opuesto, dándole altivamente la espalda a la fácil realización y enfrentándose a legiones de gigantes enhiestos, impassibles, poderosos, innumerables, milenarios. Abriéronse claraboyas para mirar al cielo, en la festonada bóveda de la fosca imponente y solitaria, y comenzó el embrujo del vivir montañero, en torno de los fundadores, porfiados, estóicos, incansables y patriarcales. La vasta fábrica en madera que sirvió de templo, con su serie de pastores activos, discretos, celosos y abnegados; el gobierno de la ciudad bajo la égida de una selecta policía; la enseñanza escolar vívida, alegre y suficiente; las severas costumbres celosamente defendidas por la sanción social; la vida común estimulada por una noble rivalidad, servida con generoso espíritu público, convirtieron este centro en foco orientador de actividades, propulsor de esfuerzos, alentador de audacias, reavivador de energías, estimulador de iniciativas, creador, en fin, de un núcleo de tal arraigo y potencia, que agregó blasón nuevo al escudo de la familia colombiana. El esfuerzo individualista inició el prodigio. El concurso colectivo amplió su radio; el respeto a la palabra empe-

ñada creó posibilidades fecundas, la actividad preparó el triunfo y la homogeneidad de esta raza fuerte y hermosa, afanosamente cultivada en su clima y en el medio que le es propio, han generado la realidad presente. Gloria a los fundadores!

Cuando Manizales celebró el 75 aniversario de su fundación, la ciudad era ya hermosa. Aquel soberbio epinicio saturó el espíritu de quienes concurrimos, de imperecedera añoranza. Apenas se perdían los últimos ecos, cuando un clamor de tragedia se propagó desde esta cima por las oquedades del monte hasta las lindes postreras de la patria en angustia: la Perla del Ruiz estaba ardiendo!

La inquietud volcánica del suelo había impuesto una edificación adecuada al evento sísmico, pero indefensa ante el poder del fuego. Por cuatro días con sus noches, que parecieron milenios a los hijos de la ciudad y siglos para sus amigos distantes, ardió la inmensa hoguera con avidez aterradora y espléndida, cual un gigantesco manojo de granadas espigas. Redujeron todo a pavezas aquellas lenguas voraces: reliquias solariegas, memorables trofeos, macizos lechos venerandos y vaporosas cunas. La elegancia, afanosamente conseguida y el mediano bienestar, hijo de tercas luchas, jarrones, libros, cuadros, en torbellino siniestro, los arrebató el monstruo. . . Después, el pavor de las ruinas, los ennegrecidos muros sin la compasión de las yedras que a la larga se apiadan y los visten, los fantasmales pórticos, los contorsionados hierros, las vanas cuencas de puertas y ventanas por donde sólo entraba y salía el silencio de las desolaciones. En aquel vasto crisol y en aquella hora sin nombre fue consumido todo, todo, todo, menos el alma de este pueblo, ni su voluntad de vencer, que ha vencido! Loor a los reconstructores!

No es de esta gente abatirse ante la desdicha ni el anodarse frente a sins adversos. Todavía alientan aquí paladines de la primitiva epopeya y Colombia que lo sabía, acompañólos en tan amargas horas y está presente a celebrar con ellos y con sus hijos, el magno triunfo de su segunda jornada, con este olímpico certamen que es al propio tiempo una consagración y un homenaje.

Sin ruido, sin apoyo, sin valedores, se creó en muy pocos años esta pasmosa realidad, hija de la modestia, la abnegación y la ardentía. Las cenizas del ave mítica guardaban intacto

el soplo del vivir. Cuando en nuestras más antiguas ciudades de provincia se aprestan a conmemorar cuatro siglos de existencia, Manizales no alcanza todavía el primero, y su voluntad de crecer le augura porvenir insigne, tras esta resurrección maravillosa. Pueden aquí estadistas y sociólogos apacentar su inteligencia en el estudio de tan ingente obra realizada en el corazón mismo del país por una porción de sus hijos, fuertes renuevos arrancados ayer de la encina antioqueña y transplantados aquí por la inconformidad trashumante de ese pueblo magnífico, capaz por sí solo de poblar a Colombia entera.

El secreto de su valer y de sus triunfos radica, a mi ver, en su sólida organización política que sabe troquelar espíritus resistentes contra la adversidad y adiestrar invictos púgiles para el estadio de la vida. El trabajo asiduo y retribuidor modela para el optimismo, para la independencia, para las nobles ambiciones. Las virtudes raciales, al infiltrarse y dilatarse en la organización social, vuelven invulnerable el grupo y la identidad de principios básicos dá consistencia de pirámide al conglomerado regional. Sin comunidad de normas aglutinantes, no hay orientaciones colectivas, origen de la unidad creadora.

Si analizamos las virtudes esenciales para fundar un pueblo útil, de capacidad y vocación culturales, iremos a dar recatadamente a unos cuantos atributos primarios que caracterizan los soportes de la más humilde vivienda: madurez, rectitud, incorruptibilidad y resistencia. Cuando el montañés interpreta así en su vida al árbol, a su amigo, se torna digna columna y seguro sostén de su pueblo. El orden, la riqueza, la prestancia social, el progreso metódico, ostentan en su fondo las huellas inequívocas de las virtudes propias de nuestros camaradas vegetales del bosque. Reconducirnos a él por el sendero que siguiera el hombre primitivo, es la misión de los juegos atléticos y no para retroceder a la animalidad selvática, sino para renovar alma y cuerpo en el contacto con la vida, con las libres praderas, con las auras puras bajo cielos abiertos, con las linfas vivificantes, con la inexhausta resistencia, con la fuerza imponente, con la agilidad que deslumbra y la habilidad que fascina. En la misma medida en que nos alejamos de la casta naturaleza, vamos perdiéndonos, para no dar con la salida, por entre el laberinto de lo engañoso artificial. El atleta y la inocencia andarán juntos, porque vigor y templanza siempre serán gemelos. Frutas y flores no gastan afeites porque cumplen

serenamente su destino, y no hay paleta de pintor, comparable en suaves tintas a las que pone un vivir bajo la caricia del sol, al halago del viento o entre los diáfanos cendales de un agua montañera.

Aquel pueblo diminuto que apellidó Renán " el milagro griego", fijó para la humanidad en sus juegos patrios, hace 28 siglos, la fórmula más comprensiva de superación integral. Adueñados los sacerdotes de Baco de aquellas fiestas conmemorativas importadas del Egipto por los Eleatas, hicieron de ellas primitivamente, espectáculos de degradación, pero el espíritu de los Arios que señoreaban el Peleponeso, logró primar al fin sobre la sensualidad asiática, y la institución olímpica, absorbiendo los demás juegos regionales, creó a orillas del Alfeo el estadio famoso que inauguró la era helénica y conquistó la unidad del prodigioso pueblo. De allí adelante fue la llanura de Olympia, palestra de perfección moral, de elevación de espíritu, de patriotismo vigilante. La celebración de los juegos excluía la lucha bélica dentro del país y una dura sanción caía sobre el violador de esa "tregua sagrada". Si los ejercicios mudaban según el gusto de los tiempos, el espíritu del certamen continuaba siempre el mismo: noble, elevado, pulcro. Los máximos helenos gustaron de pasar por aquellas arenas: Temístocles, Pitágoras, Herodoto, Platón, Píndaro, Simónides, Arquíloco, Sófocles, Eurípides.

A aquel rito en común llevaba cada uno cuanto poseía: elocuencia, música, inspiración, fuerza, destreza y danza. Allí estuvo el vivero del pensamiento, del vigor, del arte, del patriotismo, de las glorias helénicas; allí se elaboró el sentido ecuménico de la ideología clásica y el grito apolíneo y heroico que se diera hace tantos siglos en un pequeño valle, al pie del santuario de Júpiter, lo oiremos repercutir en breve en la abrupta soledad de esta nueva Tesalia, "donde el hombre —como en la de Esquilo— puede vivir al ritmo de la naturaleza, utilizando el vigor sin menoscabarlo, conservando en sí mismo el puro germen, presto así de continuo a renovarse, a renacer sano y alegre".

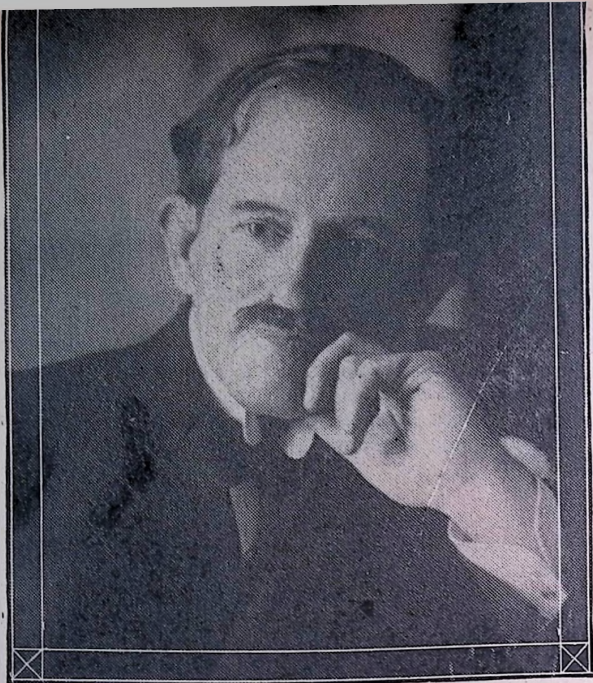
El estadio creó entonces el valor estimativo de la gloria como dón espiritual que corona el esfuerzo, en el humilde gajo que premiaba igualmente el **Edipo Rey** de Sófocles o la victoria de Salamina, y ese hondo sentido que cien generaciones de fi-

lósofos y guerreros insignes, de pensadores y de artistas, infundieron a un objeto sin valor en su valer inmenso, a una débil rama de laurel nacida a orillas del Peneo en el discreto valle de Tempé. Y al par de aquel esquivo ramo, fue también premio sublime un ánfora de aceite o vino de las ofrendadas a los dioses. Píndaro recibió siempre ese inefable galardón.

Si es hermoso ver cómo, a través de tantos siglos, se celebran hoy los mismos juegos, y mirar sobre este monte ardiendo la misma llama que encendieran los arios en el altar de Júpiter, será más bello aún dar a esta celebración el mismo excelso alcance que sus antiguos mantenedores. Si no se busca en ellos la unidad de la patria, si no sirven de escuela de trabajo y constancia para mejor servirla, si no imponen virtualmente la sagrada tregua de los bandos; si no surgen de aquí las virtudes educativas que genera el estadio: ardor, paciencia, serenidad, respeto, equidad, modestia, moderación, nobleza, pura y santa alegría, habremos despojado de la sublimidad de su sentido histórico nuestro combate olímpico, en provecho del bajo instinto asiático de los juegos originales.

Todo nos es propicio a la renovación gloriosa. La mujer no está ya como en la Hélade primitiva recogida al gineceo mientras los efebos fijan, desfilando por la llanura, el codicioso mirar de escultores y muchedumbres. La moderna madre no penetra disfrazada al recinto, como la hija de Diágoras que rompió la secular consigna; acude a fuero de honor y juventud a presenciar la lucha, a celebrar el esfuerzo, si no la victoria de sus hijos. También concurren las jóvenes para partir el campo. Gráciles, esbeltas, rítmicas, como ánforas que portasen manos invisibles y colmadas todas hasta el canto de dones propicios a los númenes: las hay rubias, guardadoras de miel; otras de dorado albor como el mármol pentélico, para conservar incólume la pureza de las razas insignes; morenas hay que besó el sol canicular y fingen verter a la orilla del pozo toda la frescura que retienen, entre la boca suplicante del héroe del desierto; otras, en fin, de plenitud sagrada, como para preservar sin mengua los gérmenes autóctonos, enervadoras y potentes como la diosa que un día ofrendó Heliogábalo a los hijos de Siracusa. Y rigiendo tan lucida teoría, la núbil reina de esta corte, la Palas Atenea que va a presidir el certamen olímpico. Un vez más el pastor París, en torturante alternativa de elegir entre diosas, se ha decidido por Helena. Más angustiosa todavía es la

misión confiada a este humilde peregrino del arte ceñir esa frente apacible con el disco de la realeza. La soberana de estos juegos es su perfecto símbolo, porque ella encarna y resume en gracia y en belleza, como las orquídeas de vuestros grandes árboles, el lento y glorioso proceso de su pujante exaltación; concentra al propio tiempo toda la vida, la distinción, el valer selectivo de las generaciones actuales y polariza todas las nobles prendas de su estirpe, de sus compañeras y de su pueblo; por eso al coronarla, a ella que es la corona más preciada de estas fiestas, aureolados quedan el pasado, presente y porvenir: los fundadores, los reconstructores y los vencedores de mañana en el rito imperecedero de la Grecia inmortal!



Alabanza a Manizales FRAGMENTO

Esta es otra página incomparable del Maestro Valencia sobre Manizales, que perdurará en el tiempo "como una consagración de la ciudad".

Esta ciudad, es la ciudad de ensalmo, que surgió a la llamada de sus potentes hijos. Estas pulidas fachadas, esbeltas torres y espaciosas galerías para los comercios cotidianos; este pulular de lugares en que la vida encuentra todos sus menesteres, y en donde puede apagar necesidades, o satisfacer caprichos; estos consagrados sitios en que el hombre se sublima pos-trando la rodilla ante su Creador; estos asilos de la sabiduría que abren por igual su pródiga cisterna, lo mismo a la niñez balbuciente que a la juventud estudiosa; estos albergues de la caridad, de par en par abiertos para acoger toda humana miseria; estos jardines que con su gracia florecida suavizan las

arideces de la diaria faena, y albergan bajo el dosel, siempre renovado, de los ramajes verdes, las glorias que la gratitud quiere salvar de destrucción, haciéndolas perennes en el terco metal destinado a la apoteosis; en fin, todas estas ávidas prolongaciones de viviendas humanas que, a semejanza de los mil tentáculos de una pródiga enredadera, van dilatando sus sarmientos jugosos a lo alto del macizo andino que enguirnaldan con la opulencia de sus brazos y la caricia de sus flores: todo este himno de vida era, hoy hace 15 lustros, una dilatada noche de árboles entre cuya fosca inextricable, pocas familias vigilantes confiaban en Dios y en la redentora pujanza de sus fuerzas. Donde entonces bostezaba el silencio, se alzan hoy los graves coros de la sabiduría; donde los bejucos cruzaban su red móvil de árbol a árbol, se complica hoy, en el estrépito de los telares, la prodigiosa urdimbre de impalpables hilos que nos adornan y protegen. Donde maullaban los tigres, cantan ya los tenores, allí donde dos ramas al chocar monótonamente rimaban, menuda mano blanca desgrana ahora, sobre el albo teclado, los miríficos collares de la armonía, y a la silenciosa y vasta atonía forestal, ha sucedido la robusta palpitación de los motores que trae incesantemente hasta nuestros oídos el pujante latir de la vida!

.....

Manizales: prodigio de trabajo, cuna de hidalguía, ejemplo de generaciones, blasón de la república, atalaya del porvenir, símbolo del esfuerzo propio, novísimo troquel para acuñar alma nacional, dechado de fortaleza, campo propicio de ideales concentraciones, lugar de cita para las energías que no desfallecen, foco irradiador de la perdurable energía, ciudad inaccesible para el pesimismo esterilizante, luminar de voluntades creadoras, escondida gruta en que se solaza la belleza, crepitante fragua donde se templan los aceros del triunfo, cifra y compendio de diez voluntades humanas que un día dijeron "sea la luz", y de tres generaciones que han seguido creadoramente repitiendo: "que la luz sea".



EL BANQUETE DE LOS DIOS

por Ricardo Nieto.

Apolo, el padre augusto de las nueve doncellas
que encarnan el Ensueño, la Gracia y la Armonía,
hizo venir sus hijos a dialogar con ellas
en su palacio etéreo donde florece el día.

En copas celestiales formadas con estrellas
sirvióse el rubio néctar que llaman ambrosía;
Apolo, rodeado de soles y centellas,
en medio de sus hijos alegre sonreía....

Fueron llegando todos: Petrarca, Dante, Tasso,
Zorrilla, Béquér, Poe, Darío y Garcilaso,
Verlaine y Víctor Hugo, Lamartine y Copée....

De golpe, entre el bullicio, notando la presencia
de un hombre que llegaba, gritó Apolo: VALENCIA!
Y todos los poetas se pusieron en pie....

HAY UN INSTANTE.....

por Guillermo Valencia.

Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más,
fugaz momento palpitante
de una amorosa intensidad.

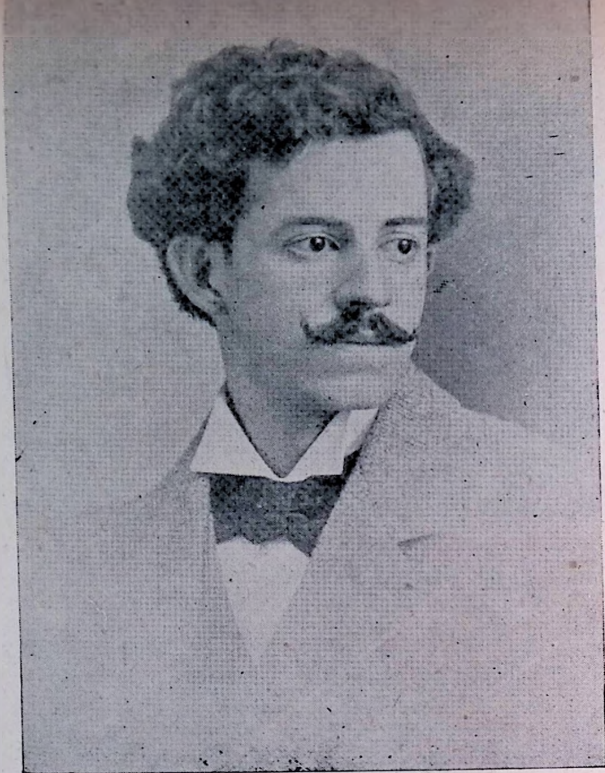
Se aterciopelan los ramajes,
pulen las torres su perfil,
burila un ave su silueta
sobre el plafondo de zafir.

Muda la tarde se concentra
para el olvido de la luz,
y la penetra un dón suave
de melacólica quietud.

Como si el orbe recogiese
todo su bien y su beldad,
toda su fe, toda su gracia,
contra la sombra que vendrá...

Mi sér florece en esa hora
de misterioso florecer;
llevo un crepúsculo en el alma,
de ensoñadora placidez;

En él revientan los renuevos
de la ilusión primaveral,
y en él me embriago con aromas
de algún jardín que hay más allá.



MANIZALES

= INVOCACION A LA DIOSA =

Hermoso poema escrito por el Maestro Valencia con motivo de los IV Juegos Atléticos, en 1936, y enviado por él especialmente a la Sociedad de Mejoras Públicas, que publicamos como una joya literaria.

Tu rútilo casco domina el Olímpico Monte,
y a tí van mis ruegos, oh Númen de verdes pupilas,
que ciñes rodela y empuñas la lanza de oro.
En leve sonrisa, nos labra tu boca de virgen
panal de silencios, laurel a fierezas de gloria.

Tú animas el párpado —si cede al conjuro del sueño—
del sabio que vela buscando recónditas claves,
y das a su noche el rubí de los ojos del buho.
Tu beso de llamas resucita carbones extintos,
y el ara, ya gélida, empurpuras de sangre votiva.

De noche, tu selva se estremece, dialoga, se inflama
de amor y de ira. Llega tímida corza al reclamo
y el tigre sediento hiende mudo la pávida sombra.
La savia palpita. Ronca el trueno. Rugir y balidos
preludian tu culto, bajo el fresco dosel nemoroso .

Tú inspiras al joven, que al miraje d'elisios jardines,
—por sola coraza el vigor de su torso velludo—
sepulta entre el bosque la visión de la choza nativa,
y al filo del hacha va rindiendo greñudos gigantes.
Las aves se ocultan de pavor ante el hosco mancebo...

Tú al rústico humilde que conduce sus bueyes al risco,
—tardos bajo el fruto de coral que atesora nepentes—
el canto musitas que le salva del sino funesto,
y, dócil, su flauta al soñar de la tarde morosa,
instila sosiego, en el dón de su lánguida queja.

Con túrgido gajo crujidor y de pomas vencido,
Tú ciñes la frente que roció los bucólicos surcos.
En ásperas rocas el filón incitante descubre
al ímpetu avaro de una fe que las peñas quebranta,
y en oro redimes el afán de las noches sin sueño.

A l'épica madre, Tú circueyes de prole venusta;
miríficas perlas alrededor del diamante cautivo,
nenúfares albos para orlar una rosa de fuego.
Y a púdica virgen das el cetro que rige los mundos
y dobla los reyes al imperio sutil de su gracia.

*
* *

Oh gímnica Diosa! como antaño en la griega llanura
reanima tus púgiles al final de la dura carrera;
su brazo conforta porque lancen el disco muy lejos,
inspire tu soplo un vibrar a fugaz jabalina,
que emule tus flechas y propase l' atónita linde.

Ayúda al gimnasta. Vigoriza su pie para el salto;
sus plantas recibe cuando suelte la pértiga inútil.
Las luchas vigila contra el golpe de puño mezquino.
Y al fervido grupo que acelera al balón entre esguinces,
las rutas señala, que propician el pórtico adusto.

Tus coros de Ninfas enguinalden el óvalo terso
y al ático golpe, huya y torne la nuez mensajera
con ímpetu grácil, en vaivén ardoroso y alado.
El ágil escorzo vela Tú; de los núbiles senos
los dardos embota, que dispara el amor al que mira.

Los mástiles brindan tu canasta que sella presagios:
en móvil enjambre las doncellas el turno disputan.
Con ávido empeño, se arrebatan el globo errabundo
que colma la urna, y al salir de la red temblorosa,
atruena el estadio el clamor que la palma discierne.

*
* *

Tú Númen invicto, galardona el certamen augusto
y al púgil inspira la sublime elación de tus ritos.
Con tu égida bárdas el broquel de los héroes que riges,
y apura el instante en que puedan, risueños y fuertes,
alzarte en su escudo, vencedora! mi fúlgida Patria!



V a l e n c i a

por Eduardo Carranza

La muerte de Guillermo Valencia, grande de España y de América, príncipe de la palabra y de la vida, ha suscitado, justamente, un gran sollozo nacional, un vasto estremecimiento de dolor en toda la nación. Se tiene la sensación de que al desaparecer de entre los vivos el insigne letrado el país se queda un poco más solo. Por eso todo nuestro pueblo siguió con desvelado corazón anhelante el curso de su dolencia final y le acompañó en espíritu "entre una nube de suspiros" hasta el si-

tio de la campiña payanesa en donde reposarán para siempre los mortales despojos del grande hombre.

Valencia abrió los ojos a la luz en Popayán, la ciudad que luego sirvió de contorno a las más egregias hazañas de su inteligencia y que se convirtió en el perpetuo fondo de su biografía. Pequeña ciudad de piedra y de alma, Popayán era el único sitio exacto de la tierra para la vida de Valencia. Una maravillosa campiña la circunda. Allí la luz alcanza una inaudita transparencia. Las colinas se dibujan, puras y eternas, contra el azul perfecto. Vuelan guirnaldas de palomas sobre las torres y las cúpulas. En los anchos patios de frescura y silencio perfuman nostálgicamente las violetas y sonríen las azaleas. Los campos son de un verde tierno, infantil, casi víspera de verde. Arroyos tranquilos van regando el cielo por la tierra. A lo lejos el río Cauca repite su eterna "estrofa de agua". El ámbito es allí serenamente dorado, dulce, poético. Se le ha comparado con el de la campiña florentina por donde avanzó Beatriz precedida por "las arpas voladoras". Valencia cantó a la ciudad maternal en versos que durarán tanto como los bronce que perpetúan la efígie del poema:

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides —urnas al genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, ¡fecunda ciudad maternal!

Siempre me pareció que el callado paisaje de Popayán, limítado por líneas puras y nítidos contornos, influyó tanto en la formación del espíritu de Valencia como el aire clásico y docto de la ilustre ciudad. En su primera juventud claros varones le infundieron el gusto por los estudios humanísticos, que constituyó uno de los rasgos esenciales de su cultura. Luego los viajes por Europa. Fertilizaron su inteligencia y le pusieron en contacto con las formas literarias de 1900 que Valencia supo asimilar de manera prodigiosa.

Valencia fue uno de los dioses mayores del modernismo. Con el maestro mágico Darío, con el finísimo Lugones, el triste Amado Nervo y el tormenoso Santos Chocano se divide la gloria de aquel gran instante que para la poesía castellana fue el

de 1900. Valencia se constituyó en la máxima e insuperable expresión de la estética modernista. Su obra es una prodigiosa condensación de los ideales artísticos de 1900. Allí las fastuosas evocaciones. Allí la grave meditación sobre las oposiciones filosóficas. Allí la evocación deslumbradora de los momentos más fascinadores de la historia humana. Allí la pasión de la inteligencia. Allí la escalofriante perfección verbal. Allí el vuelo magno de las imágenes. Allí, a veces, la delgada ternura suspirante:

Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más:
fugaz momento palpitante
de una amorosa intensidad...

La poesía era para Guillermo Valencia una diosa de oro y de marfil mirando desde su trono inaccesible con sabios ojos impasibles. Homero pasea con un soneto suyo "del brazo mórvido de Elena". En otros se alza la imagen titánica de Moisés con "las sienes calcinadas del rayo" y "como escuchando el sordo repercutir del trueno". Cruzan los camellos, en simbólica marcha, por la desolación del arenal. Cruza por el aire el pálido vuelo de las cigüeñas que el poeta descifra en endecasílabos perfectos. En la diestra de Judith se alza la cabeza del general asirio. La imagen del último centauro se pierde en la línea violeta del horizonte. Y Palemón el estilista huye de la ascética columna poseído por un amoroso demonio. La obra de Valencia queda como ejemplo inmortal de suma elegancia verbal y de formidable, heroico poderío de la inteligencia.

Conoció Valencia todas las embriagueces de la gloria. La vida le deparó el laurel y la miel. Anduvo en triunfo sobre "el formidable vocerío" de su pueblo que le aclamaba. La grande apoteosis que ese mismo pueblo le tributa en ocasión de su muerte reafirma la inmarcesible fe de los colombianos en los valores espirituales, en las cosas imponderables, en los empeños idealistas, en el reino de los cantos. Sobre el suelo de la patria, de esta patria que en Valencia se hizo pura y arrogante estilización humana, se levanta a media asta la bandera de la poesía.

De la profusa literatura laudatoria escrita en torno a Valencia en los últimos días, tomamos estas palabras hermosísimas de Rafael Maya para expresar nuestro dolor en la muerte

de este varón arquetípico: "Descansa en paz, oh Maestro inolvidable! entre el gemir de tu pueblo, el perpetuo luto de estos hogares, y la eterna elegía de los robles que te dieron su sombra, cuando paseabas al amparo de sus ramas como un Orfeo cazador y músico alternando el venablo con la cítara. Que nadie descuelgue tus armas, que nadie ose mover tu pluma del sitio en que la dejaste clavada para la eternidad, y que el Angel del Señor, en cuyos brazos te dormiste con serena resignación vigile tu sepulcro y ampare esa lira de oro en la cual resonó cierta vez con eco inmarcesible, esta sola palabra: Jesucristo".



A LUIS DONOSO

Oye Donoso, tu charlar me agrada.
Eso no es escribir, eso es portento.
Eso es dejar que un río de talento
apure su caudal por la llanada.

El aire de tu Musa emancipada,
su sabroso reír y su ardimiento
se imponen con heroico atrevimiento
en cualquier académica jornada.

Si das, rimando, al filo del abismo,
sueñas como pontón un neologismo
y ganas de través la opuesta orilla.

No tiene fin tu pródigo salero.
Eres as de poetas y el primero
de todos los guasones de Castilla.

Belalcázar, abril de 1938.

Guillermo Valencia.



AL MAESTRO VALENCIA

. RESPUESTA .

Ni los extraños signos de Saturno,
ni el más feliz y ponderado arresto
diéranme lo que imprimele a mi gesto
tu frase insigne de fulgor dioturno.

Pues que le ofreces singular coturno,
justo es que goce, con orgullo enhiesto
de tu noble ademán este modesto
guasón de circo y burlador de turno.

Reír, Maestro, es la mejor manera
de hacer un poco blanda y llevadera
esta vida fugaz. Pero mi risa

hoy le infunde más fuego a mi coleteo,
puesto que lleva en su jovial divisa
el ilustre blasón de tu soneto.

Junio de 1938.

Luis Donoso.

Acción de gracias

a
Guillermo Marconi

"Causa nostra laetitiae"

Por ti dos corazones fijaron su destino....
palomas mensajeros que cruzaban errantes,
quiditas por ti Anderson desde cielos distantes
bailar sobre las ondas al dorado camino..
Entre el embujamiento de un coloquio divino
fundieron el delirio de sus pechos amantes,
y escritos en el ala de brisas suaves
tracaron los augurios de su amoroso sino.
Lo que el viento se lleva, "mudra en dicha cierta,
por realidad goza la voz del amor incierta:
quiste para dos almas el camino y la vida!
al trueno y rayos, cantamos al Dios bueno
que te gobierna, y a ti, dispensador bueno,
que a los amantes diste felicidad cumplida.

Bernardo y Carmen

Es fiel copia.

Cartago, Enero 24, 1942.

Guillermo Valencia
Secretario ad hoc.

H O M E R O

Hasta el Olimpo que la Tierra llora
subió de tu cantar la melodía,
volando en el crepúsculo del día
con voz que a Grecia de laurel decora.

Avido fuego que la mies devora,
sueñas de Aquiles la pasión bravía,
y los ojos de Eurímaco vidría
la saeta de Ulises vengadora.

Es un invierno tu cabeza. Mancha
un piélago de sombras el camino
que el ritmo puro de tu canto llena;

verde corona tu perfil ensanCHA,
y vas —manso cantor de lo divino—
asido al brazo mórbido de Helena. . . .

Guillermo Valencia

EL TRIUNFO DE NERON

Al jonio carro uncidos con áspera cadena
los férvidos corceles presienten la fatiga,
y el ojo atento al brazo del coronado auriga
escarban el estadio, sacuden la melena.

De las bronceíneas trompas por la candente arena
la voz el viento expande, que la inquietud mitiga;
y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
el pueblo de la Loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón, la gloria ostenta de su oriental vestido.
Alzando el haz de bridas, con indignada mano

vibra la fusta. El grito de la victoria sube. . .
y entre el dorado cerco de polvorosa nube
se borra el grupo móvil en el confín lejano.

Guillermo Valencia

S. A. YOLANDA

Se anuda la nostalgia de una estirpe marchita
al gesto vago y noble de algún siglo olvidado
y la triste mirada que mira hacia el pasado
opalece su frente de azucena infinita.

La garganta floreal que al cielo precipita
al dulce surtidor del rostro enamorado,
nace desde su cuello como estambre, el delgado,
dulce pétalo de oro donde el sueño limita.

Así como en la espina germina y, dolorosa
rompe en sangre a la muerte de la tarde curvada,
ofrece el aire claro su sonrisa de rosa,

no hay faz que como en esta la cabeza dorada
gué con la dulzura de la aroma gozosa
a la tierra del sueño la rosa levantada.

Ovidio Rincón

JK Reman F.T.

S. M. Yolanda Primera, Reina del Civismo de
Caldas. :: :: :: :: :: ::

DOS REYES Y UN PUEBLO

Las dos bellas princesas del torneo que acaba de clausurarse en Manizales con el más alto honor de los resultados, Yolanda Ronga Santamaria y Stella Restrepo Linco, han conmovido en torno a su gracia y su belleza, a su cordial simpatía, a todo el espíritu manizaleño que ha visto en ellas la manera de la renida esperanza. "La torre de marfil sobre las espaldas de su pueblo". Sus nombres fueron en banderas para el entusiasmo ciudadano: su espíritu es superior al de la plañidera que rodeó con delirio cada una de ellas. Los nombres de Yolanda y Stella quedarán grabados perdurablemente en la historia de Manizales, ungidos con la gratitud y la admiración caudales.

A la reina Yolanda I^a y a la serena princesa Stella, tributo la Sociedad de Mejoras Públicas, a nombre de la ciudad, mismo que a los Comités respectivos y a todo el pueblo y la sociedad de Manizales, un rendido homenaje que encuentra palabras para expresarse por que la magnitud de los hechos es superior a todo. Hemos librado una jornada memorable que emociona y exalta a la capital caldas, ratificando lo que cualquiera hubiera dicho: "la primera ciudad cívica de Colombia."

JK Reman F.T.

S. A. R. Doña Stella, nombrada Gran Princesa Real
por la Reina Yolanda. :: :: :: ::

SONETO A STELLA

Vengo, Princesa Stella, de una tierra dorada
donde afinó sus mieles la divina ambrosía;
traigo mi afán recóndito, mi trémula alegría
y este ramo de flores de mi selva apartada.

Dijéronme que riges una hueste hechizada
en pos de tí. Dijeron: "en su melena umbria
la misma noche brilla como la luz del día,
y está en su adolescencia la gracia consumada".

En tierra de pastores yo cantaba mi canto.
En valles de verano tendí, jovial, mi manto
para que en él danzasen las ninfas inmortales. . .

Pero tú eres más bella que la ninfa y el ave:
estoy callado ahora; he perdido la clave
y tu voz obnubila mis cantos primordiales.

Adel López Gómez

A ERASMO DE ROTTÉRDAN

"Pintó Hans Holbein", dice la envejecida tela
que a cierta ciudad muerta me fuí a buscar un día
por ver, oh padre Erasmo!, la búdica ironía
que de tu boca fluye, que tu desdén revela.

Si tú del polvo alzaste la derribada Escuela
porque a regir tornaste la helénica armonía,
cómo en la mustia boca de la melancolía
tus labios aprendieron ese reír que hiela?

Enfermo que en mí fijas tus ojos de fantasma:
el frío de tu estéril desilusión me pasma;
atas mi sér y domas, ascética figura

que vas entre los mártires de mi martirologio,
y yuela con tu nombre la voz de mi eucologio,
oh, cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!

Guillermo Valencia

A LA MUERTE DE GUILLERMO VALENCIA

—Nadie mejor que tú les dijo cómo
las quería y las quiso de manera
tan delicada y honda, y es por eso
que las rosas, amables te rodean
y en tus jarrones mueren y no mueren
porque es morir por tí, vivir por ellas.
Tómalas, es la hora de las rosas
grandes. Bendita sea!

—Abre, es la hora del amor; su labio
ilumina y levanta lo que besa,
hora de la sonrisa iluminada,
del alto sueño de la voz que tiembla.

—Amor, Dios te bendiga;
Dios te bendiga, Amor; bendito seas.

—Fuiste dueño del mundo, dueño! Nadie
vió con tus ojos fieles la belleza.
Entréga la verdad que ya conoces
y busca otra verdad más verdadera.
Príncipe, ya es la hora
de morir! Así sea!

Juan Guzmán Cruchaga

O F R E N D A

= ULTIMO SONETO = MAYO 30 DE 1943 =

Señor: Para llegarme a tus altares,
no traigo más que un corazón sencillo
y este velo auroral de casto brillo
que fue tejido en mis paternos lares.

Se oye un gemir de luchas y pesares,
mientras yo, junto a Ti, me maravillo.
Cabe tus plantas, sin temor, me humillo
con mi fresca guirnalda de azahares.

Te das a mí y el corazón presente
una dicha sin fin. Mi vida siente
inundarse de luz, de amor y calma.

No te alejes, Señor, y, aunque es estrecho,
reposa en el sagrado de mi pecho,
que labraste Tú mismo al darme el alma.

Guillermo Valencia.

A N I V E R S A R I O

= DE STEFAN GEORGE =

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre y vente luego
en pos de mí.
Hoy ha siete veranos que lo vimos;
recuerda... en tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos ruisueñas nuestros cántaros.
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos. Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris.

Guillermo Valencia

T U R R I S E B U R N Æ A

Abreme, Torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la Vida
a tí no alcanzan, ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni a la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo —como el ave que Minerva escuda—
quiero en la lumbre de su faz radiosa
apacentar mis círculos de fuego!

Guillermo Valencia

E L A R T I S T A

= DE OSCAR WILDE =

Ardió su alma, una noche, el deseo vehemente
de perpetuar tu imagen —placer que solamente
por un instante duras— y fuese por el Mundo
a conseguir el bronce para sus esculturas.
Y era el bronce la única obsesión de su mente.
Mas en el Mundo había desaparecido el bronce;
en la extensión del Mundo se erguía únicamente
el bronce de una estatua;
la del dolor que dura eternamente.
Esa estatua, obra suya, púsola con sus manos,
en días ya lejanos,
En la tumba del único sér que adoró en la vida...
En la tumba desierta de la muerta criatura
que amara con pasión enloquecida
levantó la figura dolorida
como alma de su alma, como eterna señal
del amor de los Hombres que perdura,
y como vivo símbolo
del dolor de los Hombres que para siempre dura.
Y en la extensión del Mundo
no había ya más bronce
que el de aquella escultura.
Arrancóla el artista del sarcófago, y luego,
sobre la enorme boca de un horno incandescente,
vióla fundirse, al ósculo devorador del fuego.
Y con el bronce mudo
del dolor que perdura eternamente
modeló de otra estatua la figura:
la estatua del placer que sólo dura
un instante.

Guillermo Valencia

B R I S A M A R I N A

= DE STEPHANE MALLARME =

La carne es la tristeza, y ya los libros todos
asiló mi cabeza!
Huyamos allá, huyamos!
Huyamos allá, huyamos! Sobre la mar salada,
las aves giran ebrias en pálida bandada.
Sobre la mar salada
las aves giran, ebrias de sacudir el vuelo
entre la espuma ignota y el inmutable cielo.

Ni aquel jardín antiguo que reflejaron ojos
amados para siempre; ni los destellos rojos
de mi vetusta lámpara sobre el papel vacío
a quien —bajo la noche— defiende su blancura;
ni un niño que los senos
a su robusta madre de joven hermosura
con avidez atrapa:
nada en el mundo, nadie demorará mi espíritu
que en el amargo zumo del piélago se empapa.

Yo partiré! Tus mástiles erige con presteza,
oh Buque, y léva el ancla
con rumbo hacia una exótica feliz naturaleza!
Un Tedio, desolado por ávidos Anhelos,
espera en los adioses que mandan los pañuelos...

Quién sabe si estos mástiles alargarán un día
sus dedos a los náufragos, entre la mar bravía,
a los desnudos náufragos sin mástiles, sin mástiles
ni fértiles islotes de verdes cocoteros...
Oh corazón! Escucha las voces de alegría
que dan los marineros!...

Guillermo Valencia

ODA A UNA URNA GRIEGA

e n v í o

Al Ingeniero Enrique Uribe White

La grácil urna que cincel ignoto
legó al futuro, con primor labrada,
el noble Keats dejó transfigurada
por su mano genial en un exvoto.

Vino hasta mí y en mi poder se ha roto
el ánfora gentil: despedazada,
yace a mis pies. Mi atónita mirada
nublan las amarguras del devoto.

Qué hacer? Cuanto mi bárbara torpeza
hizo trizas, con mano diligente
busco, acomodo y ligo, pieza a pieza.

Restaurada la urna floreciente,
la calco en vil arcilla, con presteza,
y te la endilgo cariñosamente.

Popayán, enero, 1932.

= DE JOHN KEATS =

Oh tú, la impasible, la novia sin voz del reposo,
hija que nutrieran el Silencio y la Hora tardía;
narrador silvestre que así los oídos deleitas
con fábula grácil, de un dulzor que no da nuestro ritmo.

Oriada de hojas, qué leyenda fijó tus perfiles
de númenes o héroes o mortales y divos a un tiempo,
en délfica gruta o en las cuencas elisias de Arcadia?
Qué miedo de virgen? Qué humanos o dioses relieves?
Qué soplo de insania? Qué fugas de asedio? Qué sistros,
gaitas y tambores y desnudos arrobos salvajes.

Dulces melodías, cuando arrullan el fácil oído,
pero son más dulces las que nunca los hombres oyeron;
así, tiernas flautas, no sonéis para torpe deleite:
silbad con blandura cantilenas sin voz para el alma.
Juventud florida: ya tu vieja canción bajo el bosque
desamar no puedes, ni su palio, de pomar vencido.

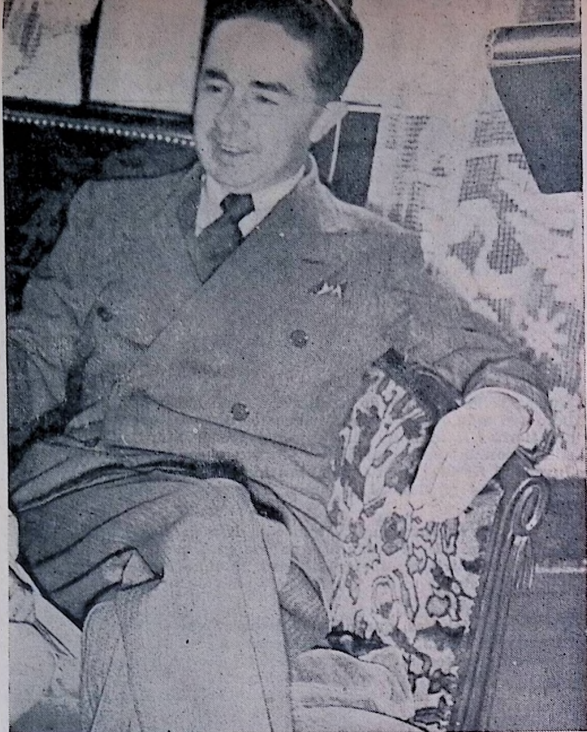
Tú, férvido amante, nunca, nunca podrás darme un beso
aunque te sonría el maduro panal de su boca;
pero no te atristes: fresca siempre, aunque fallen tus ansias
la amarás sin término, y bella será para siempre.

Oh ramas dichosas, que no veis despojar vuestros gajos,
ni alejarse, muda, la fugaz primavera de oro!
Felices mil veces, oh flautistas que el tedio no acalla,
y seguís tañendo una misma canción siempre nueva.
Oh, feliz amor, más feliz: más que amor! Todo fuego,
que a gozar incita con ardor juvenil y turgente,
que lanza suspiros en busca del ámbito puro,
sacia corazones, que hiere y oprime de angustia
y abrasa la sien y entumece la lengua tostada.

Quiénes serán, quiénes, los que van al lustral sacrificio?
A qué pulcro altar, misterioso pontífice, llevas
la púber novilla que parece mugir para el cielo,
y en leves coronas su venusta opulencia recata?
Cuál será l'aldea que a la orilla del mar o del río
o sobre el peñasco se destaca en jovial ciudadela
sin ecos de vida, en esta apacible mañana?
Oh, menuda aldea!, se ha dormido el silencio en tus calles;
jamás vendrá un alma a contarnos tu trágico sino.

Oh, helénica urna, la del bello ademán; con la estirpe
de genios de mármol, de vírgenes y hombres, labrada,
con dóciles gajos y humilde y errátil maleza;
tú, Forma silente, más allá del pensar nos torturas,
rival de lo Eterno: oh, selvático idilio de nieve!
Extinta la huella del remoto vivir de mi raza,
tú seguirás siendo —a la luz de dolores extraños
a nuestros dolores— una amiga del hombre a quien dices:
Belleza es verdad, y Verdad es Belleza. Eso es todo
cuanto el hombre sabe, cuanto el hombre saber necesita.

Guillermo Valencia



Guillermo Valencia

Por Silvio Villegas

La muerte de Guillermo Valencia representa para la cultura colombiana una de aquellas catástrofes desmesuradas y gigantescas que le ayudaron a la tierra a concretar su estructura. Todavía no alcanzamos a medir las consecuencias de esta inmensa desgracia nacional, pero el hecho es que el grande y amado artista dominaba nuestra geografía espiritual con el mismo señorío con que la cordillera de los Andes domina nuestra geografía física. Con idéntica majestad los superaba a todos. En la vida literaria, en la tribuna del parlamento, en la palestra política, en el palenque diplomático, en la mesa redonda de los estadistas o en el silencio de su casa, estuvo siempre

presente para marcar todo lo que valíamos ante la familia humana. Era la unidad de medida de nuestra cultura.

Desde los orígenes de la república Popayán ha sido un semillero de varones ilustres. Allí brotaron en una sucesión de prodigios el verbo inflamado de la revolución, el primero de nuestros sabios, el más sagaz de nuestros diplomáticos, el más insigne de los aventureros políticos, el más egregio de los paladines y un loco genial que tuvo la intuición de la aeronáutica moderna. Ciudad predestinada para el martirio, desde los tiempos de Belalcázar vió salpicados sus muros con la sangre de sus hijos; en la guerra de la independencia fue un inmenso calvario, y en nuestras luchas civiles, varias veces acuchillada, "fulgió de honor y de heridas ante la historia estupefacta". Pródigamente supo darse al servicio de la patria que ha sido nutrida con su propia sangre como el pelícano. Valencia ha sido el genio de esta raza y el intérprete de su abnegación y de su dolor. Porque el grande artista desaparecido, a pesar de todas las apariencias, pertenecía a la especie de los nerviosos, que en medio de sufrimientos inenarrables, crean la belleza para deleite de los felices y se consumen al servicio de los demás. En línea recta descendía de aquel Conde de Casa-Valencia, "desertor sublime de la fortuna", que llevó al "ara fatídica" su escudo nobiliario y su cabeza olímpica como rescate de las ideas republicanas.

Su carrera política se inicia en la secretaría de la prefectura de Popayán y culmina en sus dos candidaturas presidenciales. Antes de cumplir la edad exigida por la ley ocupó una curul en el congreso de la república, que le fue sucesivamente renovada durante medio siglo por el fervor de sus amigos y la devoción de su pueblo. En esa curul, que fue la de sus mayores, se sentó, como él mismo lo dijo, por derecho propio y porque era suya. "Con sus manos, hechas para tañer la flauta, empuñó la bandera azul en horas de peligro, y tras del humilde aeda, fabricante de frases, sintió muchas veces el brazo hercúleo de la república, dispuesto a convertir en hechos las palabras". El joven gladiador pisó las arenas parlamentarias desafiando a los dioses del Olimpo con la audacia de los héroes de Esquilo. Desde entonces cada una de sus intervenciones en el parlamento marcó un instante decisivo en la vida nacional. Lo mismo cuando impugnó las credenciales de los senadores de Bayacá, en recia lucha con Carlos Calderón Reyes, que cuando defendió la pena capital contra Antonio José Restrepo. Di-

facilmente volverá a repetirse la ciclópea justa. Los dos humanistas se batieron a pistola, a florete y a cuchillo, enloquecidos por el demonio político y por el demonio interior. Restrepo descargó sobre el gran lírico su sonrisa mefistofélica más potente que la clava de Hércules. Con mayor bazarria no combatió el Príncipe de las Tinieblas en la querella cósmica librada en las praderas del cielo. Valencia, manejando el arco apolíneo, soltaba saetas como rayos. Estos recuerdos son los que constituyen el patrimonio de un pueblo y la herencia procrea que llamamos patria.

Aclamado para honra suya como candidato de todos los partidos a la presidencia de la república, en 1917, recorrió nuestras plazas abiertas, en fulgurante odisea, despertando la emoción pública, como campanero de la patria. En torno de su nombre se agruparon Herrera y González Valencia, Alfonso López y Laureano Gómez, Enrique Olaya Herrera y Miguel Jiménez López, Eduardo Santos y Aquilino Villegas, todos los supremos valores que han formado en los últimos tiempos la guardia de honor nacional. Sus discursos de entonces constituyen todavía una meta difícil de superar y sorprenden aún por la nobleza de la forma, por la clarividencia política y por la excelsitud doctrinaria. Es preciso volar hasta los orígenes de la república, releer los mensajes del Padre a las asambleas populares, para encontrar la llama del patriotismo que iluminó su verbo profético. Vencido cayó con la dignidad de los antiguos gladiadores.

Sus oraciones académicas y sus panegíricos en memoria de sus padres, pertenecen por derecho propio a la Antología castellana. En todos ellos resuena un eco de las democracias antiguas, y no desmerecen al lado de aquel que en honra de los muertos de Maratón pronunció Pericles, durante la guerra del Peloponeso. La elocuencia colombiana no volverá a tener un momento de mayor emoción que aquel supremo apóstrofe a la democracia, lanzado desde la tribuna del Capitolio, en la oración a Uribe Uribe. Releyéndolo treinta años después se siente aún el cosquilleo de la medula, el estremecimiento raquídeo.

Sus artículos clarificaron siempre situaciones equívocas y constituirán durante muchos años el mejor programa doctrinario del partido que se honró con su fidelidad permanente y al cual se desveló sirviéndole. Escritor exacto, directo, preciso, encontraba siempre sagaces fórmulas de salud pública y descifraba el porvenir porque conocía el pasado. Durante medio

siglo se ocupó de todos los problemas colombianos y sus escritos son una inagotable cantera para toda obra de reconstrucción nacional. Como diplomático ocupó sin título oficial alguno, la cancillería de la república, siendo el irremplazable consejero de todos los gobiernos, en horas de tormenta. Su réplica a Maúrtua es un prodigio de dialéctica, un recinto murado de silogismos. Colombia no necesitó ya soldados para reivindicar su frontera.

Pero lo que hoy lloramos es la muerte de Apolo. Guillermo Valencia representa para la literatura de América, lo que pueden significar Dante, Shakespeare o Goethe para la literatura europea. El nos dió a todos normas eternas de belleza y puede afirmarse que no es colombiano el que no haya sentido la emoción estética de su obra. Cuatro generaciones se han nutrido en el oasis de "Ritos", inclusive las que reniegan de él, donde están los mejores de sus discípulos. Allí despertamos todos a la vida de la sensibilidad literaria. Un nuevo poema suyo era un deslumbramiento, la aparición de un cometa, y en torno de cada uno de ellos puede escribirse un ensayo sobre la educación estética del hombre. "Anarkos" no es sólo un editorial de combate, sino una peligrosa profecía. Allí se siente el doloroso desgarramiento de un mundo en gestación. Ni el mismo Valencia supo lo que había expresado, pero los versos quedan:

"Al furioso caer de sus piquetas,
en trizas tornan la vetusta arcada
que erigieron al bien nuestros mayores,
y por la red de sus enormes grietas,
va filtrando con tintes de alborada
un sol de juventud sus resplandores".

"Cigüeñas Blancas" constituye el tipo acabado de la poesía decadente, que sigue siendo como toda la poesía romántica, el arquetipo de la belleza. A donde llegaron Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Verlaine, Darío y Valencia, no ha llegado nadie, y preferimos ser reaccionarios con ellos a ocupar la vanguardia con los otros. La literatura de decadencia, según Bourget, es la que sacrifica el poema a la estrofa, la estrofa al verso y el verso a la palabra. En acumulación de pequeños milagros cristalizan las estalactitas. Valencia hizo siempre poesía pura, es decir, poesía sin intención alguna, noblemente ce-

ñido a la divisa parnasiana de amar el arte por el arte. Como lo ha escrito Santayana, "cuando un retórico se pone a componer un poema interminable sobre Dios o Satán o el Universo, o los trabajos agrícolas, o la Libertad, o la Revolución, no se dirá que no propugna verdades trascendentales, aunque es dudoso, o que sus sentimientos morales no parezcan edificantes a su secta; lo que sí puede afirmarse es que no es un poeta. Lleva un fardo. Su pegaso es una bestia de carga, con las alas cuidadosamente plegadas y atadas. La elocuencia puede ser una cosa buena provocar una conflagración universal. Pero la poesía es algo puro, una percepción mágica que ilumina por un instante el espíritu y suscita en él destellos multicolores y fugaces. Los verdaderos poetas recogen el encanto, el sortilegio de las cosas, y arrojan la cosa misma".

"San Antonio y el Centauro" y "Almojahed el Califica", son dos milagros del idioma, acaso no superados ni por el propio Darío. El verbo tiene allí el color de la luz cuando viaja en la carroza de Apolo, ataviada para la fiesta del día. El "Canto a Popayán" es un friso esculpido en mármol pentélico. En el paraninfo de la Universidad del Cauca, Efraím Martínez lo tradujo en líneas y colores. Dominando el lienzo aparece en un extremo Guillermo Valencia, con su noble figura patricia, envuelto en negra capa española, con la arrogancia de un Dios. En sus manos sostiene un gajo de roble nativo que bien vale por los laureles memorables. "Onorate l'altísimo poeta". Al frente suyo se destaca radiante en su belleza inmortal, Luz Valencia, que simboliza la ciudad fecunda. Todos los grandes de Popayán, "púrpura de razas soberbias", aparecen en perfecto diseño sobre el esquivo lienzo. Sus colinas, su monte, su cielo, su río, sus núbiles criaturas, sus bíblicas madres, su victoriosa esperanza.

Con suma incompreensión se ha dicho que Guillermo Valencia no siente el paisaje. Para esto es preciso no conocer el "Canto a Popayán" o no haberlo entendido.

"Y vives de tu cielo, libélula errante, cogida ..
entre las redes que urde la luz de monte en monte.
—La tarde se mustia... Figuras ceñidas de tul
agrupanse pávidas... Arde implacable hoguera:
el cóncavo cruzan torbellinos de nácares y oro,
y el rey degollado mil veces purpura el azul".

Todo el poema es un prodigio de color. Y así lo demuestra Efraín Martínez. Allí está el "pequeño mundo geórgico", el valle de Pubenza en toda su plenitud luminosa. Por lo demás, el paisaje constituye el medio orgánico de todo escritor. La prosa arrugada y áspera de Unamuno es la montaña vasca; en cambio, Cervantes y Fray Luis de León galoparon por la llanura manchega. Amiel había dicho: "Todo paisaje es un estado de alma". La frase es igualmente cierta si se escribe: todo estado de alma es un paisaje.

Algunos de los escritores nuevos del país afirman que la poesía de Valencia carece de emoción entrañable y que nuestro Barba Jacob lo supera como intérprete del corazón humano. Lo propio escribió don Lope de Azuero hace veinte años. En su réplica, que es la más alta página estética que se ha escrito en Colombia, Guillermo Valencia descifró el arcano. La emoción humana es relativa al grado de cultura del hombre. Alfredo Croisset sentía una verdadera voluptuosidad vertiendo al francés antiguos textos griegos. Algunos derraman lágrimas leyendo el "Cementerio Marino" de Valery. El vulgo solloza con los versos de Julio Flórez y las beatas rezando el Salterio. Nosotros, que conocimos profundamente a Valencia, a favor de una amistad que fue un privilegio de los dioses, garantizamos que no ha existido sensibilidad comparable a la suya. Su sistema nervioso era una máquina de precisión. Así se consumió prematuramente su vida. Detrás del artista en apariencia impasible, se agitaba un hombre excesivo, apasionado, volcánico. Su sistema nervioso era una botella de Leyden. De él sí que puede decirse que fue "un Etna de amor y de entusiasmo que sólo se extinguió con la muerte". Su poesía fue evolucionando hacia lo humano. Bien pudo exclamar con Darío:

"En mi jardín brotó una estatua bella,
se juzgó mármol y era carne viva".

Durante su última candidatura presidencial era preciso tonificarlo con inyecciones de alcanfor y estricnina. Alguna vez nos dijo: "Yo soy un mecho prendido por ambas puntas". La equivocación proviene de que hay espíritus que reparan en el accidente y no en la sustancia. Detrás de la serenidad de Goethe estaban su pasmosa sensibilidad, su angustia cósmica, su ardiente vida amorosa que se inicia en la imagen romántica de

Werther y concluye en el fantasma clásico de Helena. De Valencia puede afirmarse lo que él mismo escribió del Júpiter de Weimar:

"Si tu pensar fue el lampo
de la glacial colina,
volcán fue siempre insomne
tu corazón de fuego!"

Durante varios años Guillermo Valencia vivió en su regia mansión de Belalcázar, que era al propio tiempo un museo, una biblioteca y una granja agrícola. Cercano el río Cauca discurre atormentado a la sombra de los altos robles. En los sotos y huertos el viento que los mueve dulcemente parece embriagado de perfume. Las colinas se destacan a lo lejos con perfiles elegantes y suaves. Allí reina el "maravilloso silencio" que encontró Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán. Este fue el sitio calculado por la mano de Dios para regalo del poeta. "Sólo allí —se lee en el segundo Fausto— donde tú, con ojo sereno, miras en la dulce claridad, donde te perteneces a tí mismo y en tí sólo confías, allí donde no se deleita uno sino en lo bello y lo bueno, en la soledad. . . Allí crea tu mundo". Recordamos que alguna vez Rosa Arciniega, uno de los más bellos espíritus que hemos conocido, después de haber pasado toda la tarde en diálogo con el Maestro, recorriendo todos los senderos de la comarca, le dijo con noble emoción:

"Sólo me falta contemplar a Belalcázar bajo la lluvia".

El cielo complaciente accedió a su capricho.

"El poeta, comentó Valencia, es el dueño de la naturaleza".

En Belalcázar, durante horas interminables, nos deleitó con su "labio ambroseico" que se paseaba como en su casa por todos los temas de la ciencia, de la literatura y de la política. Todo lo que fue suyo nos apasionó siempre, y la posteridad recogerá amorosamente cada uno de los detalles de su vida. Su grandeza se pierde en la lejanía de los siglos y nos falta la perspectiva histórica para calcularla. Las generaciones del futuro sentirán envidia de nosotros por haber sido contemporáneos suyos.

En los últimos años Valencia escribió algunos de los mejores poemas que blasonan su obra, como el "Canto a Job", "poesía esquemática", o sea, según la definición goethiana citada por él mismo, "el último vestigio material de una observación

que se eleva hacia lo abstracto". Deja un libro de versos totalmente inédito, consagrado a sus antepasados legendarios, los heroicos navarros. Con gentileza de anfitrión exigente nos regaló alguna vez, para el diario que dirigíamos en Manizales, con unos versos inéditos al Redentor, donde interpretó el dibujo que de la cabeza de Jesús hizo Leonardo de Vinci, para que le sirviera de modelo en el cuadro que diseñara sobre el muro de la iglesia de Santa María de la Gracia. Dulzura y dolor infinitos. Dice Valencia en dos de sus mejores estrofas:

"Panal de mieles que destila
dulzuras de desolación,
por sabias abejas labrado
entre su hendido corazón.

Turgencia de labios hinchados
para el veneno del traidor,
en un beso que acendraría
toda la hiel de la expiación".

Honrándonos con un pergamino de auténtica nobleza nos dedicó, en otra ocasión su poema "La razón de Don Quijote". Es una interpretación excelsa del espíritu quijotista. El caballero de la Triste Figura vino a Popayán con don Sebastián de Belalcázar y allí fundó, en asocio del Conquistador, un nuevo solar de los Quijanos. En el ápice de la colina oriental del Valle de Pubenza, Don Quijote le declara al poeta:

"En este abrigo febril
hay el ensalmo de una visión divina
Al andar de los años
siempre surgirá un hombre
con ese ardor pujante.
que mi cerebro inflama:
aquí mora mi espíritu
libre y vivificante;
yo estoy entero aquí
con mi nombre y mi fama".

Los Quijotes que alentaron en el pasado en "la mínima ciudad de gloria y de dolores", los enumera así Valencia, por boca del propio caballero andante:

"Siete veces me han visto
mis hombres en tus plazas:
Torres, Caldas, Obando,
Julio, Albán y Mosquera,
sublime concreción
de perinclitas razas!
cumplieron mis premáticas
con emoción sincera".

Siete, y en el canto no aparecen sino seis. La razón la expresó ya Mauricio Barrés en sus páginas afiebradas sobre la "Muerte de Venecia", en "Amori et Dolore Sacrum". He aquí el secreto del enigma:

"El Don Juan, La Confesión de un hijo de su siglo, Los Pescadores, La Italia, Tristán, permanecen suspendidas sobre la ciudad de las lagunas y se agregan, cuando nosotros la visitamos, a nuestras almas inertes. Venecia en el siglo XIX, hace todavía sus conquistas. La política la abandona a su decadencia, pero Wagner, Taine, Goutier, Leopoldo Robert, Sand, Musset, Byron, Chateaubriand y Goethe forman su **Consejo de los Diez**.

"Son nueve únicamente, me dice un lector.

"Que se me reserve la décima silla. Yo propongo mi candidatura".

Belalcázar será hoy más que nunca la piscina probática donde se purifica el alma de toda escoria. Santuario de la inteligencia y del patriotismo, allí acudirán, en peregrinación apasionada, los amantes de toda grandeza. Acercarse a Guillermo Valencia fue siempre ascender por una escala de perfeccionamiento. Quien supo hacerlo quedó durante varios días limpio de toda pequeñez humana. Su diálogo era una clara fuente de placeres estéticos y una cátedra inagotable. Nadie como él mereció tener a su lado un Las Casas, un Montholon, un Müller, un Eckerman. Alguna vez en presencia de dos especialistas americanos en arqueología, lo interrogamos sobre el tema y disertó como un maestro, durante varias horas, ante él asombro de todos. En Cali, en un círculo de gentilísimas damas, solicitamos su opinión sobre la asimilación del calcio en la economía orgánica, y lo hizo con tan profunda sabiduría y con

tal nobleza de idioma que embelesados nos parecía que hablaba de superficiales negocios mundanos. Era una universidad ambulante. Tenía el arte de embellecer todo lo que tocaba. Aun los colombianos más eminentes parecían insignificantes al lado suyo. Sólo a su lado hemos sentido el aletazo del genio.

En los últimos años de su vida ejerció en Colombia y no sería mucho decir en la América Latina, un patriarcado literario, una especie de magistratura del espíritu, comparable al que tuvo Voltaire desde su granja suiza. Conocer a Colombia era, en cierta forma, visitar a Valencia. "Qué dorado atardecer el suyo!, escribamos con Valery. Qué mirar sobre su plena y dorada vida cuando, en la edad extrema, contempla —qué decimos!— compone su propio crepúsculo con el esplendor de las enormes riquezas espirituales que su labor hubo allegado y las inmensas riquezas intelectuales que difundió su genio".

En su radiante juventud conoció todos los paisajes, leyó todos los libros, agotó todos los placeres y todos los pecados, y como y Dionisos volcó la copa sobre el festín, en horas delirantes. El numen tutelar del amor reflejó siempre sobre su vida una visión sobrenatural. Es la inefable visión de Dios, la presencia beatífica, la única que puede hacernos felices y constituir la razón y la finalidad de nuestros trabajos y peregrinaciones. Serenadas sus pasiones su única ambición en los últimos años fue hacerse útil a sus amigos, a su ciudad, a su partido, a su patria, y de ello queda testimonio en sus obras y en sus escritos, donde están las matrices de las verdades soberanas.

En esta forma glorificó como Fausto la ley del trabajo y de la actividad que nos impuso la naturaleza, que exige de cada uno de nosotros, en provecho de la especie humana, un trabajo personal. Es la gran lección moral que se desprende del conjunto de su vida. Pocos sintieron como él la gloria y el honor de servir. Y a qué precio!

En todos los actos de su vida fue el dechado de la gentileza y el alumno de las Gracias. Su ademán era el de un príncipe. Dón heredado de sus mayores y acendrado en contacto con la belleza eterna. Su vida fue la de un artista orgulloso y no tuvo momentos de mediocridad ni en presencia de su ayuda de cámara. En él renacía el antiguo sentido caballeresco. Parecía haber contraído el compromiso tácito de no hacer ni de permitir ciertas cosas. En presencia suya era preciso estar siempre como ante un espejo. El Congreso de la República le ha-

bía decretado una estatua en vida, y en cierta forma lo era. A su lado nos sentíamos como ante el pedestal de los próceres.

En cuatro siglos de historia nacional no se encuentran ni sus pares ni sus rivales. Correrán muchos siglos sin que nuestra raza y zona vuelvan a producir un fenómeno intelectual y artístico comparable a Guillermo Valencia. En su prólogo a la "Lógica" de Stuart Mill, declaraba Hipólito Taine: "Cada medio siglo, y más a menudo cada siglo o cada dos siglos, aparece un hombre que piensa: Bacon y Hume, en Inglaterra; Descartes y Condillac en Francia; Kant y Hegel en Alemania; pero durante el resto del tiempo la escena se queda vacía y vienen a llenarla unos hombres ordinarios que ofrecen al público lo que el público desea, meros ejecutantes que suceden a los compositores". En este momento la escena está desierta en Colombia. Quedan algunos personajes en los palcos y colmada la galería. Parodiando la frase de Gabriel D'Annunzio sobre la tumba de Wagner podemos decir que la República ha disminuído de valor. Nos queda una herencia para conservar amorosamente y un mármol en el panteón de los inmortales donde ir a renovar nuestros votos con la belleza y con el patriotismo. Su tumba no cabe en Popayán la procera: Colombia es el único mausoleo digno de su gloria.

Al entrar en la inmortalidad lo hace con la propia pujanza con que la gigantesca corriente del Orellana desemboca en el vasto océano de Neptuno.

Comentarios

Don Benigno Muñoz O. La muerte de este varón esclarecido



constituye para Manizales y para la cultura de Caldas una pérdida irreparable. El nombre de don Benigno Muñoz está ligado a varias de nuestras generaciones, que se formaron al amparo de su ejemplo, al contacto de su palabra, al influjo de su saber y de su carácter inexpugnable. Difícil sería trazar la semblanza de este caballero del estudio, de la acendrada vocación intelectual, de las más excelsas virtudes ciudadanas. Como educador y como hombre fue un paradigma nobilísimo. El homenaje que la capital de Cal-

das rindió a su memoria, durante los funerales del varón desaparecido, demuestran qué hondas raíces y qué gran afecto teníamos por él.

Deja don Benigno Muñoz una familia que es lustre de la sociedad y de la inteligencia. Entre sus hijos han sobresalido profesionales de admirable entereza moral y espiritual; oradores, políticos, servidores del civismo, escritores, sacerdotes ilustres. A todos, a doña María Botero de Muñoz y a su demás dignísima familia, hace llegar esta revista la sincera manifestación de su profundo pesar.

Dr. Lombana Villegas. Para ocupar el alto cargo de Secretario de Hacienda del Departamento, en reemplazo del doctor Félix Salazar Santacoloma, -quien presentó renuncia irrevocable de esa delicada posición administrativa-, ha sido llamado por el Gobernador Jaramillo Arango el doctor Manuel Lombana Villegas, uno de los profesionales más distinguidos de la ciudad. Hombre de estudio y de gobierno, su paso por elevados bufetes del Estado le han sido propicios no solamente al prestigioso abogado sino al departamento y al

pueblo de Caldas. Tenemos la seguridad de que el doctor Manuel Lombana Villegas hará obra duradera y brillante en la Secretaría de Hacienda. Nos complacemos en felicitar al doctor Lombana Villegas por la honrosa distinción de que ha sido objeto, y al Gobernador Jaramillo Arango por el acierto que tuvo al hacer este nombramiento.

Dr. Roberto Franco Arango. Su breve paso por la Secretaría de Obras Públicas del Departamento sirvió al doctor Jaime Duque Estrada para relieves como un realizador, un gobernante sincero y leal hijo de Caldas. Dentro de su modestia habitual, el doctor Duque Estrada impulsó obras de magnitud y sirvió por parejo a todas las provincias. Si el programa del doctor Alfonso Jaramillo Arango es el de unir bajo su mandato todos los municipios de nuestro departamento, Jaime Duque Estrada, como Secretario de Obras Públicas, supo interpretar ese pensamiento y activar esa realización.

Para dedicarse a sus actividades profesionales, Jaime Duque Estrada, -muy ilustre miembro de la Sociedad de Mejoras Públicas-, abandona la Secretaría de Obras Públicas, en cuyo reemplazo ha sido llamado por el Gobernador, el doctor Roberto Franco Arango, notable ingeniero y caballero sin dobleces. Por su capacidad, por su inteligencia, por sus virtudes ciudadanas, el doctor Franco Arango continuará la trayectoria de competencia y equidad administrativa que ha honrado a la Secretaría de Obras Públicas. Rendimos un tributo de admiración a este nuevo servidor de Caldas a la vez que lo felicitamos muy sinceramente.

Gerente de Rentas. La Junta Licorera del Departamento, creada por ordenanza de la última Asamblea de Caldas, designó para servir las funciones de Gerente al doctor Pablo Ramírez Jaramillo, ampliamente conocido ya en las esferas gubernamentales, donde ha ocupado cargos como la Secretaría de Hacienda, que sirvió con lujo y notables beneficios para el departamento. El doctor Pablo Ramírez es uno de esos hombres dotados de la más asombrosa capacidad para la organización y el esfuerzo. Su presencia al frente de las rentas de Caldas, ahora que pasan a convertirse en una gran industria, de proyecciones nacionales, es algo que nos ha-

ce presumir del éxito de tan difícil tarea. Conocedor, como pocos, del ramo rentístico, el doctor Ramírez Jaramillo tornará en realidad lo que tantos han llegado a pensar que es solamente una utopía. Presentamos un saludo muy cordial al gran amigo y hacemos votos por su bienestar personal.

Controversia literaria. El Rector de la Universidad Popular, doctor Flaminio Lombana Villegas, ha llevado al paraninfo del Instituto Universitario a muy destacados de nuestros intelectuales para participar en la controversia sobre poesía contemporánea y poetas actuales de Colombia. Con satisfacción cultural vemos esta clase de movimientos que colaboran a mantener a Manizales como centro del espíritu, por donde pasa "el meridiano cultural de Colombia". Esta revista está de par en par abierta para contribuir a la divulgación del torneo intelectual, de que es animador el doctor Lombana Villegas y centro muy acertado el Instituto Universitario.

El Palacio de Bellas Artes. Esta obra extraordinaria será una realidad para la celebración del primer centenario de Manizales, mediante el esfuerzo y el ejemplar espíritu cívico de los hijos de la capital de Caldas. Pocas veces habíamos visto a la ciudadanía congregada unánimemente en torno a un ideal nobilísimo como éste. El Palacio de Bellas Artes no solamente será refugio de los manizaleños, sino de todos los caldenses y de todos los colombianos. Constituirá una obra de relieve material y de relieve espiritual, que honrará por igual el progreso y la cultura de este pueblo abnegado y noble.

El certamen cívico que ha dado Manizales, con ocasión del torneo para elegir reina cívica, pro Palacio de Bellas Artes, demuestra hasta dónde el espíritu de esta raza se renueva y se exalta ante la mirada de la patria.

La Sociedad de Mejoras Públicas, que se ha hecho el propósito de construir el Palacio de Bellas Artes, lo llevará a efecto para la celebración de nuestra primera centuria, como homenaje a Manizales y como monumento imperecedero de lo que son capaz la voluntad, el dinamismo y el espíritu cívico, unidos de un solo brazo en pos de un ideal excelso.



La marca que dis-
tingue los mejores
tejidos nacionales.

TEJIDOS DE OCCIDENTE S. A.

3 Camaradas

En La V.

VIDA VICTORIA VITOL

ES UN PRODUCTO **CONTINENTAL.**

Tiene la garantía de la ciencia y de la conciencia.